



CAPÍTULO 2

Perspectivas

Lucía está sentada en la banqueta afuera de La Rochette, mientras la gente pasa, la observan un momento, y siguen su camino. Pete está junto a ella, la mira con tristeza. Toma un cigarro y lo enciende. Lucía detesta ese olor, pero estira la mano. Él, con sorpresa, se lo da. Ella se lo lleva a la boca y tose bruscamente. Se lo devuelve.

–Estoy seguro de que Antoine conseguirá algo con el chef –mientras habla, la observa con atención y pasa un brazo sobre sus hombros. Lucía no dice nada y él sonríe brevemente, satisfecho.

–No creo que consiga nada, la verdad. Por muy amigos que sean, el chef es tan intransigente que no querrá ceder –responde Lucía bruscamente y reflexiona un momento. Niega.

–¿Te das cuenta? Me acaban de despedir, me echaron para siempre de La Rochette. ¿Sabes qué va a ser de mi carrera? Acabo de perderlo todo.

–¡Entonces yo hablo con él hasta convencerlo! Lulo, no nos quedaremos de brazos cruzados. No voy a permitir que pierdas todo.

Ella lo mira agradecida, Pete estrecha su hombro y le sonríe. Ella intenta responder, pero niega, sin relajar el semblante.



–Deberías entrar. Si te llegan a ver aquí afuera te pueden despedir también.

–Le pedí a Jon que me cubriera, no te preocupes por eso. Ahora solo debemos concentrarnos en lo que haremos para que...

–¡Lucía! –se oye el grito de Ben desde lejos mientras llega corriendo hasta ella–. ¿Qué pasó?

Ben llega vestido con un traje azul que resalta el empeño que ha puesto últimamente en el gimnasio. Lucía se separa de Pete, mira a Ben y solloza. Se levanta de inmediato y se abrazan. Pete también se levanta rápidamente, molesto por la interrupción. Por encima del hombro de su novia, Ben le dirige una mirada asesina al cigarro que Pete tiene en la mano. Pete se da cuenta y le da una fumada, con mirada retadora. Se separan.

–Vine tan pronto como pude. ¿Cómo te sientes?

Lucía lo mira y unas lágrimas brotan y caen hasta sus labios.

–¡Me quiero morir! ¡Odio a Edward Miller! ¡Fue una estupidez! ¡Nunca llego tarde! ¡No me merezco haber sido despedida!

Ben asiente y la abraza de nuevo, pero mira con incomodidad a Pete. Los dos son muy distintos, pero no entiende por qué el novio de su mejor amiga tiene que ser tan pedante. Entiende que Lucía se sienta atraída hacia él, pero no le parece la gran cosa.

–¿Intentaste hablar con él?

–Claro, pero no conseguí nada. Estaba de mal humor, fue muy grosero conmigo.

–¡Demasiado! –Pete interviene, mientras Ben y Lucía se separan.

Ben lo mira severo y estira la mano. Pete da una última fumada y tira el cigarro a la calle. Estrecha la mano de Ben y Lucía los mira.

–Él es Pete. Pete, él es mi novio, Ben.

–Mucho gusto –responde Pete.

–Igual –responde Ben sin expresión–. Ya te puedes ir, yo me quedo con mi novia.

Lucía lo mira con gesto reprobatorio, Pete sonríe con sorna y se acerca a ella. Le da un breve beso en la mejilla y se aleja. Antes de entrar al restaurante, voltea a verlos.

–No te preocupes, conseguiremos que regreses –Ben lo mira molesto, pero Pete hace caso omiso–. Tienes mucho talento, La Rochette no puede darse el lujo de perderte. Yo me encargaré de tu regreso. Lo prometo.

Le guiña un ojo, mientras Lucía asiente tristemente.

–Gracias –Pete sonríe y entra al restaurante, mientras Lucía voltea a ver a Ben–. ¿A ti qué te pasa?

–¿Por qué?

–Fuiste muy grosero con Pete. Es mi amigo, solo quiere ayudar.

–¡Por favor! Solo quiere llamar tu atención, que te fijes en él. Se muere por ti, deberías darte cuenta.

En ese momento, Lucía comienza a sentir un ardor subiendo desde su estómago hasta la cabeza y un sabor muy amargo en la boca, como el día que mordió un grano de café por equivocación, después de pelearse con su abuelo. Y así, poco a poco, los ojos de Lucía se llenan de lágrimas.

–No puedo creerlo. De verdad. ¡Benjamin! ¡Me acaban de despedir! ¡Mi vida se está desmoronando y tú solo piensas en eso!

–Lu...

–¡Eres increíble! ¡No ves más allá de tus narices! ¡En este momento solo necesito que me consueles! ¡Que estés conmigo! ¡Es el peor día de mi vida! ¡No puedo creer lo insensible que eres!

Ben ya no puede más. La sangre le bombea en la sien.

–¿Insensible? ¡No te entiendo, Lucía! ¡Siempre estoy para ti! ¡Siempre te escucho!

–¡Pero nunca me dices lo que realmente sientes!

–¿Quieres escucharlo? ¡Me encanta que te hayan despedido! ¡Odiaba que trabajaras en La Rochette!

Lucía se queda helada. Nunca había visto a Ben así, rojo de furia. Con los puños apretados.

—Me salí del trabajo para venir por ti, para que no caminaras sola. Ya sabes, soy un insensible.

Ben la mira molesto, se da la media vuelta y se va. Lucía lo ve irse mientras siente otra vez el sabor de las lágrimas en sus labios. El sabor a sal la despierta. Ve a su novio dar la vuelta en la esquina. Abre la boca, pero no puede producir sonido alguno.



Dentro de La Rochette todo es un caos. La partida de Lucía dejó al personal boquiabierto, nunca pensaron que pudiera suceder tan pronto y menos de esa forma. Para todos, Lucía es alguien con demasiado talento, un muy buen elemento que, eventualmente, se iría, pero porque estaría lista para algo más grande. Eso es lo más desconcertante, que el estallido de Edward deja a Lucía fuera de la jugada.



A simple vista, Edward parece un rompecorazones: casi en sus cuarenta, alto y con un cuerpo que refleja mucho cuidado y horas en el gimnasio, además de un incipiente cabello gris que lo vuelve irresistible. Pero Edward es muy hermético, frío y desinteresado en la convivencia social.

Nunca sonrío, solo en ocasiones muy especiales ante alguno de sus comensales, pero nada más. Parece que solo siente pasión por su restaurante y le resulta irrelevante pensar que se quedará solo. Porque, si bien se mantiene cerca de su exesposa, es solo por los intereses del restaurante.

La oficina de Edward es muy sencilla. Algunos libros de cocina en el pequeño librero detrás de su escritorio, al lado de un antiguo reloj de péndulo y una pared llena de reconocimientos y certificados. Lo más relevante de esta oficina es la soledad, el frío que invade a quien entra en ella. El mismo frío que siente Antoine en ese momento, sentado frente a él.

Edward lo mira, impasible.

–¡De verdad! ¡Qué desesperante! Con todo respeto, Edward, llevamos años trabajando juntos. No puedo creer que no puedas ver más allá.

–¿Terminaste?

–Edward, ni siquiera me estás escuchando.

–Por supuesto que sí, que no me interese es diferente. Por favor, Antoine, no insistas. No quiero tener a alguien así en mi restaurante. Me conoces muy bien, me sorprende tu insistencia.

–Es alguien sumamente talentosa, un gran elemento, ha pasado por mucho para llegar a donde está y...

–Entonces no le costará ningún trabajo seguir adelante. Antoine...

Edward se queda callado ante el resoplido de frustración de su mano derecha. Niega, inexpresivo.

–Es mi última palabra.

–Pues espero que no te arrepientas, Edward.

Antoine lo observa, ya sin enojo. La preocupación se instala en su cansado rostro.

–Nunca me arrepiento de mis decisiones, Antoine.

–Lo sé. Eso es lo peor. Bueno, no te quito más el tiempo.

Se levanta lentamente, Edward advierte el trabajo que le costó hacerlo. Decide no preguntar.



Lucía está sentada frente a la estatua de *Alicia en el país de las maravillas* que tanto le fascina en Central Park. Es su historia favorita. Cuando era pequeña, solía ver la película de dibujos animados varias veces al día, las suficientes para que sus abuelos y ella terminaran aprendiéndose los diálogos de memoria. Después descubrió el libro. Su abuelo se lo compró en una librería antigua un día que fueron a la ciudad. Uno de los días más felices de su vida.

Es irónico que, ahora, sentada frente a una de sus heroínas de la infancia que tantas alegrías le dio, se sienta tan desdichada que quisiera que una malvada reina mandara a cortarle la cabeza. Repara en el conejo, obsesionado con el tiempo, igual que su insensible e insoportable exjefe. Recordarlo aumenta sus ganas de llorar, hasta que siente una presencia que la hace levantar la cabeza. Hanna se acerca hacia ella. Hermosa, bajita, muy delgada y simpática, siempre vestida de colores vivos y maquillaje pastel. Le sonrío, pero Lucía llora con más fuerza, desconsoladamente. Hanna cambia la expresión de inmediato y se apresura a abrazarla, mientras se sienta junto a ella.

—No, no, no, no llores. No más, por favor. ¡Estás toda hinchada!

Lucía se deshace en llanto. Hanna extrae de su enorme bolso unos pañuelos desechables. Lucía los toma y comienza a limpiarse las lágrimas y la nariz. Hanna asiente y sonrío otra vez, abrazándola con fuerza. Lucía se siente reconfortada al percibir tan cerca el olor a vainilla que tiene su perfume, un olor que le recuerda cuando su abuela horneaba pasteles en casa. Un olor que la transporta al hogar, a un lugar seguro. Sonríe brevemente y se separan.

—¿Qué vamos a hacer? —Hanna la mira intrigada, sin dejar la calidez de su mirada.

Lucía no sabe qué responderle, solo se recarga en su hombro, con los pañuelos aún en sus manos. Hanna pasa una mano por el cabello de su mejor amiga. Lucía recuerda muy bien el día que la conoció en una de las fiestas de la oficina de Ben. Shawn, el entonces novio de Hanna, trabajaba con él y ella lo acompañó, contra su voluntad, igual que Lucía. Eso las unió. Hablaron toda la noche, hasta que Lucía decidió tomar las sesiones de *life coaching* que Hanna ofrecía a aquellos que quisieran un mejor futuro profesional. Lucía acababa de entrar a La Rochette y, por lo tanto, necesitaba valerse de toda la ayuda posible.

—¿Te acompaño a tu casa?

—No quiero ver a Ben. Nos peleamos.

–Ya me dijiste por teléfono. Lulo, fuiste demasiado lejos. Él no tiene la culpa de lo que te está pasando. Es un gran hombre.

–¡El mejor! ¡Pero también es un insensible!

Hanna suelta una risita sarcástica. Lucía se incorpora y la mira con reproche. Hanna niega.

–Benjamin es todo, todo, menos insensible. Lo sabes...

Lucía intenta protestar, pero Hanna le pone la mano en la boca.

–Cállate. Ya, enfócate. ¿Qué quieres hacer?

–Hanna, no sé, mi futuro se acaba de ir por la alcantarilla.

–No, Lulo. Tienes un abanico de posibilidades frente a ti que, evidentemente, en este momento no ves porque tienes los ojos llenos de lágrimas –Lucía niega–. Acompáñame.

–¿A dónde?

–A tu casa.

–Pero Ben...

–Estará ahí y tú con él. Hablarán y todo estará bien. No puedes dejar que todo se caiga el mismo día, ¿o sí? ¿Quieres perder el control?

–No.

–Entonces, vámonos. La caminata nos servirá.

Lucía observa los enormes tacones de su amiga. Levanta la ceja, divertida. Hanna le pide que espere, con un gesto de la mano, mientras con la otra extrae unos zapatos bajos de su bolso. Lucía no puede más y se ríe. Hanna se cambia los zapatos y se levanta.

–¡Mujer prevenida vale por dos! ¡Arriba! ¡Vámonos!

Lucía se levanta y la abraza. Hanna le responde con ternura.

–Te quiero, Hanna Banana.

–Y yo a ti, *Lulo from the block*.

Ambas caminan, mientras el atardecer empieza a colorear el imponente lago de Central Park y los rascacielos reflejados en sus aguas.



Ben espera sentado en el sillón. La corbata desatada y la camisa abierta sugieren que su día no fue nada bueno. Frente a él, en la mesita de centro que tanta controversia causó en Lucía al ser de un estilo todo lo contrario a ella, tiene una copa de vino tinto. Juguetea con el teléfono en una mano. La puerta se abre y él se sobresalta. Lucía y Hanna entran. Ambos se miran. Lucía se queda en la puerta. Y Hanna se adelanta.

–¡Hola, Ben! ¿Cómo estás?

–Gracias, Hanna –se besan brevemente en la mejilla y ella guiña un ojo. Ben asiente agradecido–. Lu, ¿cómo estás?

Lucía no responde y deja su bolsa en el perchero junto a la puerta. Hanna la mira con gesto reprobatorio y Ben se acerca a abrazarla. Lucía cede y se besan tiernamente. Al separarse, él besa repetidamente su frente.

–Mi amor, perdón, perdóname por reaccionar así.

Lucía asiente y lo abraza con más fuerza. Hanna sonrío y ellos se separan, besándose de nuevo.

–Chicos, mi labor está terminada –se acerca y besa a ambos en la mejilla–. Los quiero. Lulo...

Lucía la mira y asiente. Sonríe.

–Lo pensaré. Gracias por todo, Hanna.

Hanna sonrío una última vez y sale por la puerta. Ben le sonrío a su novia y vuelve a abrazarla. Lucía abraza su ancha espalda y respira profundo. El olor de Ben es similar al de Hanna, siempre busca aromas dulces y reconfortantes, que le recuerdan el calor de hogar que tanto necesita. La paz que ella siempre busca. El perfume de Ben le deja en la nariz un sabor a manzana que le llega hasta la garganta. Ben besa su cabeza y, mientras pasa la mano por su cintura, Lucía se estremece. Se separan, pero Lucía lo besa.

–¿A qué se refería Hanna? ¿Qué tienes que pensar?

Ben camina hacia la cocina y toma una botella de vino blanco del refrigerador. Sirve una copa y Lucía se sienta en el sillón. Ben le entrega la copa y ella sonrío.

–Quiere que busque a Mr. Miller.

Ben abre los ojos con sorpresa y se sienta junto a ella.

–¿Y qué es lo que tienes que pensar?

–Pues, Edward Miller no es alguien que escuche. Digo, no lo he tratado mucho, pero sí lo suficiente para saber que perdería mi tiempo si lo hago.

–A ver, vamos por partes, ¿quieres volver a La Rochette? Creo que ese es nuestro punto de partida.

–¿Tú quieres que vuelva a La Rochette?

Ben niega y toma una de sus manos. La besa.

–Discúlpame. Quiero que olvides eso que dije, lo hice sin pensar.

–Pero si lo dijiste es porque lo sientes o, mínimo, es algo que te ha pasado por la cabeza.

–Lucía, me gustaría pasar más tiempo juntos. En las mañanas que eres un poco más libre yo tengo que irme corriendo a la oficina, y cuando salgo es cuando tú más ocupada estás. Me encantaría tenerte todo el día para mí.

–Lo sé, pero...

–Pero es parte de nosotros, parte de nuestra rutina y lo que aceptamos ambos cuando empezamos nuestra relación. Puedo lidiar con ello, aunque no me guste. Hace rato me exasperé.

Lucía lo besa. Posa su mano sobre el muslo de su novio y siente como ahora él se estremece. Ella sonrío divertida. Ben da un sorbo a su copa de vino y se levanta. Camina hacia el escritorio del otro lado del estudio. Es su rincón favorito: el escritorio de Ben, el enorme librero lleno de historias como *Orgullo y prejuicio*, *El amor en tiempos del cólera* o *Fausto*, que demuestran un poco la perspectiva del amor que ambos comparten. Además, ciento cincuenta papeles que Ben tiene alrededor. Extremadamente ordenado, a Lucía le divierte verlo sentarse a trabajar, hacer cuentas y elaborar estrategias para las marcas. No se puede imaginar a alguien más distinto a ella, bueno, probablemente sí: Edward Miller.

Ben regresa con unas hojas y una pluma. Hace un gesto de acordarse de algo y toma un chocolate, con leche, como le gustan solo cuando está de mal humor. El grado de cacao en las barras de chocolate es directamente proporcional a cómo avanza el día de Lucía. Le gustan más amargos si se siente en paz, y viceversa.

—Vamos a escribir. Pros, contras y objetivos de Lucía López. ¿Te parece correcto?

Lucía asiente, divertida, mientras abre el chocolate y se quita los zapatos con los pies.

—A ver, ¿y esto? ¿Me ayudará?

—Amor, siempre es mejor plasmar las cosas en papel. Verlo te da claridad, te ayuda a pensar mejor las cosas.

Lucía se recuesta en el sillón. Ben se sienta y pone las piernas de su novia sobre las suyas.

—Objetivo: ser la dueña del mejor restaurante del mundo, ¿correcto?

Lucía asiente y sonrío. El ruido de su hambriento estómago les quita la concentración. Ambos se miran y sonrío.

—¡No he comido!

Ben ríe.

—Voy a comprar algo de cenar mientras vas escribiendo todo lo que quieres lograr en tu vida, ¿te parece? Puedo traerte un sándwich de roast-beef de ese lugar que tanto te gusta, cerca del MoMA.

—¿De Carve? —dice Lucía, sonriendo—. Muchas gracias, Ben.

—Te amo.

Ella lo besa apasionada. Ben le responde y deja la pluma sobre las hojas. Comienza a bajarle el pantalón mientras le besa el cuello. Lucía no puede resistirse más, siente como Ben responde excitado a sus caricias. El sabor de Ben es como morder una tableta de chocolate amargo, que acaricia su garganta hasta lo más profundo y llega al estómago despertando cada parte. Ben, ya sin camisa, le sonrío. Lucía responde mientras se queda solo en sostén.



Lucía está de pie en Columbus Circle. Le gusta mucho estar ahí y escuchar el sonido del agua de las fuentes que rodean el monumento. En general, todo lo cercano a Central Park le encanta. Por eso vive por ahí, trabaja por ahí, pasea por ahí. Era lo que más ansiaba conocer cuando soñaba con viajar a Nueva York. El primer día que pisó la ciudad, junto a Ben, casi llora de la felicidad. Se quedó sin habla. Ben llegó a pensar que estaba enojada. Siempre que recuerda eso, no puede evitar sonreír.

Antoine y Pete caminan hacia ella. Lucía se acerca y abraza a Antoine con fuerza.

–*Ma fille!* ¿Cómo estás?

–Mejor, ¿tú? –sonríe brevemente mientras besa a Pete en la mejilla.

–Te extrañamos –le dice Pete mientras sonríe con tristeza.

–Yo los extraño a ustedes.

Pete niega y le entrega una pequeña espátula de madera. Lucía sonríe y la abraza a su pecho.

–Pensé que la perdería. Gracias, de verdad, gracias. Pete, eres un gran amigo –él sonríe, pero le incomoda que Lucía solo pueda verlo de esa forma.

La abuela Meche y el abuelo Luis la llevaron un día a una feria en el pueblo. Había muchos juegos y, claro, puestos de comida llenos de olores y sabores. Era lo que Lucía más amaba: recorrer la feria probando de todo con sus abuelos. El pan de nata, el atole, los crujientes buñuelos rebosantes de azúcar. En cada uno de ellos, Lucía siempre estaba pendiente de la preparación de los alimentos. Preguntaba todo y la abuela la miraba divertida. Un buen día de feria, la abuela Meche le compró esa pequeña espátula y le dijo: “Para que seas la mejor cocinera de todas, hija”.

Desde ese día, en cada restaurante o cafetería donde Lucía ha trabajado, esa pequeña espátula la acompaña.

–¿Pensaste que íbamos a dejarla ahí? ¿Sin devolvértela? –pregunta Pete cariñoso.

Lucía sonríe. Antoine la mira con preocupación:

–¿Ya pensaste qué harás?

–Voy a hablar con el chef.

–¿Con Miller? –pregunta Pete con sorpresa.

Lucía asiente.

–No tengo nada más que perder.

–No, la verdad no. Pero...

Antoine mira a Pete. Él se adelanta.

–Lulo, hablé con un amigo. Trabaja en una cafetería en la 85, el Bleriot, cruzando Central Park. Tal vez no es lo que quieres, pero te puede ayudar en algo. ¿No crees? Podrías empezar mañana mismo o el lunes, cuando tú quieras. Sería temporal, yo te prometí que volverías a La Rochette y así será. Por lo menos te mantendrías ocupada.

–Pete, te agradezco mucho, pero prefiero hablar con el chef primero. Mi sueño es estar en La Rochette.

–Lo sé, por eso te digo que es temporal. Al final, es una sugerencia. Si no quieres tomarla no hay ningún problema. Nos enfocamos en hablar con Mr. Miller.

Lucía lo mira con ternura.

–Gracias. Eso quiero, pero yo sola. Soy la única que debe hacerlo.

–¿Y qué harás si Edward te dice que no? –pregunta Antoine.

Lucía se encoge de hombros.

–¡No sé! Probablemente tome unas vacaciones, llevo mucho tiempo sin ver a mis abuelos, podría ir a México. Ya después se me ocurrirá algo. Pero no quiero quedarme así, sin intentarlo. He luchado mucho por llegar hasta aquí, rendirme tan fácil sería fallarme... ¡Y a mi familia!

–¿Ya les dijiste?

–Todavía no. Prefiero solucionarlo todo antes de hacerlo más grande.

Antoine sonríe con orgullo y la abraza.

–Esa es mi niña. Tú confía.

Pete acaricia la mano de Lucía. Antoine se separa de ella y la besa en la mejilla.

–Nosotros nos vamos, se nos hace tarde.

–“¡El tiempo es lo más importante para la excelencia!” –dice Lucía, mientras levanta la mano como dando un discurso. Los tres ríen.

–Cuídate mucho. Avísame cuando vayas a La Rochette, puedes necesitar apoyo moral –Pete la abraza con fuerza para despedirse.

–Gracias, Pete –se separan y Lucía le sonríe.

Ambos se alejan lentamente y Lucía camina para adentrarse en el parque cuando suena su celular. Lo busca en su bolso. Es Coco. No sabe si responder o no, no quiere mentirle. Pero se muere por escuchar su voz.

–¡Hola, mami! ¿Cómo estás?

Coco llora del otro lado del teléfono.

–Lucía, tu abuelito está muy mal. Hija, necesito que vayas a México ya. ¡Te lo suplico!

Lucía se queda pasmada, sintiendo como se le seca la boca y la invade un sabor a tierra, ese sabor que experimentó aquella vez que, jugando, cayó en el lodo. Un sabor que no deja salir su voz, como si la hubieran sepultado. Sin nada que decir. Solo puede llorar.